

Del lat. COCCUM, COCEUS y COCCINUS al esp. *coco*, *cocho*, *cochino* y *cochinilla**

From Lat. COCCUM, COCCEUS and COCCINUS
to Sp. *coco*, *cocho*, *cochino* and *cochinilla*

Benjamín García-Hernández
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN: El sustantivo *coccum*, con un gran empleo en latín, ha tenido una numerosa descendencia en romance. De él proceden *coco* y *coca*; pero, dada su complejidad polisémica y homonímica, falta saber en qué medida. Según nuestra propuesta, de los adjetivos *cocceus* y *coccinus* provienen *cocho* y *cochino*. *Cocceus*, *coccea* y *coccinus*, *coccina* son, además, las bases etimológicas de *chocho*, *chocha*, *chucho* y *cochinilla*.

Palabras clave: latín vulgar, etimología románica, reduplicación silábica, color.

ABSTRACT: The substantive *coccum*, used frequently in Latin, has numerous derivatives in Romance. From this word come *coco* and *coca*; but, given its polysemic and homonymic complexity, we still need to establish to what extent. In the present paper we propose that the words *cocho* and *cochino* come from the adjectives *cocceus* and *coccinus*. *Cocceus*, *coccea* and *coccinus*, *coccina* are also the etymological bases of *chocho*, *chocha*, *chucho* and *cochinilla*.

Keywords: Vulgar Latin, Romance Etymology, syllabic reduplication, colour.

* Hemos realizado este trabajo en el marco del proyecto de investigación titulado *Semántica latino-románica: unidades de significado procedimental* (FFI2012-34826). Ciertos aspectos de los nombres del cerdo tratados aquí los mencionamos en una conferencia pronunciada en la Universidad de Las Palmas el 6 de octubre de 2010. Antonio Martín Rodríguez, catedrático de Filología Latina de la Facultad de Filología de aquella universidad, nos ha hecho algunas observaciones, como la referencia a la voz onubense *¡uóquina!* Además de otros detalles, le agradecemos la lectura que ha hecho de este trabajo, una vez concluido.

1. ¿CÓMO SURGIÓ ESTA INVESTIGACIÓN ETIMOLÓGICA?

Con cierta práctica en el análisis de la evolución histórica del latín al romance, uno sabe más o menos cuándo una etimología carece de sentido. Esa es la impresión que nos causa la explicación del esp. *cochino*, del gall. y esp. *cocho* o del fr. *coche* y *cochon* a partir de la onomatopeya *coch* y sus variantes, como voz con que se llama la atención del cerdo¹. Tal propuesta es tan poco firme que los propios etimólogos la ponen a veces con interrogante. Más bien parece un expediente fácil para salir del paso; en nuestra opinión, lo más probable es que esa voz de llamada provenga de los nombres comunes del animal. En todo caso, el fundamento onomatopéyico es tan poco satisfactorio que no puede menos de avivar la curiosidad en busca de otra solución.

Cuando en 2002 preparábamos una conferencia sobre construcciones de *dare* y *habere* para unas Jornadas de fraseología latino-románica (García-Hernández, 2003), organizadas en la Universidad de Valencia, leímos en las *Glosas de Reichenau* el lema siguiente:

coctinum: filo uermiculo tinctum (*Glos. Reich.* 329).
[*coctinum*: hilo teñido en grana.]

La evolución palatal de la velar geminada de *coccinus*, fácilmente deducible de esa grafía, como si fuera hipercorrección de -CT- > -CH-, nos indujo a pensar en la etimología del esp. *cochino*. Una somera exploración de ciertos datos que vamos a manejar aquí nos confirmaba en la idea de que el animal debía tal nombre a un adjetivo de color, en vez de a la supuesta base onomatopéyica.

Dejamos la investigación para otro momento y volvimos a encontrar la palabra tres años más tarde, al realizar un trabajo sobre la expresión petroniana *apros gausapatos*. En el primer párrafo, al insistir en la riqueza de los préstamos griegos en el *Satiricón*, anunciábamos el estudio actual sobre *coccinus*, un helenismo que aparece asociado a *gausapa* y que compite en interés etimológico con este sustantivo y con su derivado *gausapatus* (García-Hernández, 2007: 371). Ahora es el momento de satisfacer aquella curiosidad que viene de largo acerca del étimo de *cochino*. La investigación sobre este ha traído aparejada una solución análoga para *cocho*, que tiene su étimo en el adjetivo *cocceus* ('de color grana'), sinónimo elemental de *coccinus*.

¹ *DCECH*, s. v. *cochino*: "derivado de la interjección *coch* (o *coche* o *cuch(e)*), empleada en muchas lenguas para llamar al cerdo"; *DEEH*, s. v. *coch* "[para llamar al cerdo]", reúne la variante *cochi*, *cocho*, *cochino* y otros derivados. También el *DRAE*, atribuye origen interjectivo a *cocho* "(de *coch*, voz con que se llama al cerdo)". Cfr. *cochi*: "Interj. u. repetida para llamar a los cerdos". Consiguientemente, se ve en *cochino* un derivado de *cocho*. La explicación del fr. *coche* y *cochon* es análoga y le hemos dedicado estudio aparte (García-Hernández, 2013a).

Hace medio siglo A. Stefenelli (1962) escribió una monografía sobre la lengua popular en el *Satiricón* de Petronio en relación con las lenguas romances y J. André (1964) le hizo una reseña en la que planteaba como cuestión esencial si los hechos fonéticos, morfológicos, léxicos y sintácticos descritos eran en realidad populares y una cuestión subsidiaria en estos términos: “tout ce qui appartient à la *Volkssprache* est-il passé en roman?”. Por supuesto, no siempre es fácil determinar qué usos han sido populares y en qué medida en las diversas etapas de la historia de la lengua latina, pero un criterio que ayuda a averiguarlo es la pervivencia de esos usos en las lenguas románicas. Ahora bien, estas nunca pueden dar una respuesta cabal a semejante cuestión, ya que ha habido elementos populares que se perdieron antes de llegar a ellas y, sin duda, ha habido otros que han desaparecido dentro de ellas, sin dejar el mínimo rastro. ¿Cómo se puede pretender conocer todo el latín que ha pasado a romance, si han desaparecido, para no hablar de dialectos, hasta lenguas románicas enteras?

No obstante, en lo que atañe a la relación del latín y del romance, por fortuna queda mucho por decir y no poco latín que descubrir dentro del romance. Ahí ha estado durante siglos la mencionada expresión petroniana (*apros*) *gausapatos* (38,15) como si se hubiera agotado en su existencia latina, hasta aparecer a nuestros ojos viva en *gabato*, *jabato* y como punto de partida del sufijo diminutivo (-*ato*) de crías de animales (*cervato*, *lebrato*, *lobato*, etc.). Y asimismo la variante *gausapus/m*, atestiguada por primera vez en Marcial (14,152), que pervive en *gazapo*, al que se atribuía origen prerromano (García-Hernández, 2006, 2012a, 2012b).

En consecuencia, en vez de poner reparos a los conceptos de latín popular y latín vulgar por la imprecisión de sus definiciones y de sus límites, es preferible seguir buscando expresiones latinas cuya continuación en romance sigue oculta o no se ha explorado del todo. Le toca el turno ahora al adjetivo *coccinus* y a parientes más elementales, el sustantivo *coccum* y el adjetivo *coceus*. De la escasa pervivencia de *coccinus* hablaba A. Stefenelli (1962: 28) y también J. André (1964: 94) de esta suerte: “demeuré seulement en Engadine et en roumain, n’a guère été employé que comme qualificatif de vêtements de Pline à Martial. C’est un terme de la mode, donc limité dans sa durée, ce qui explique sa disparition...”. La fuente de André es el diccionario de W. Meyer-Lübke (*REW*, § 2008.1), que no da otros resultados de la palabra. El *ThLL* (III 6, s. v., col. 1393,26) no es más explícito. Poco más afortunado aparece *coceus* en los diccionarios románicos. Sin embargo, estos dos adjetivos, por la vía de la denotación del color, han tenido destinos designativos muy importantes, al menos en iberorromance y galorromance.

2. DE *COCCUM* A *COCO*, *COCA* Y OTROS DERIVADOS

Coccum es un sustantivo latino, emparentado con el gr. κόκκος. Su estructura silábica, con reduplicación consonántica (*c-c*) y geminación expresiva (*-cc-*), revela que se trata de una creación popular, posible en cualquier lengua. El esp. *coco* tiene una morfología más simple, pero de su sencillez surge la dificultad de saber cuántas palabras históricas hay en dicha voz. En el *DCECH* se dan tres entradas de ella, con un desarrollo en conjunto mucho más explícito que los de otros diccionarios etimológicos que se limitan a agrupar resultados a continuación del étimo propuesto. Sin embargo, comenzando las referencias por las cuentecillas de rosarios traídas de América, el fantasma que asusta a los niños o el fruto del cocotero (*DCECH*, s. v. *coco I, II, III*), no se guarda el orden histórico en una palabra cuyo étimo es antiquísimo.

En los significados básicos que se atribuyen a *coco* (“‘objeto esférico’, ‘agalla’, ‘cabeza’, etc.”) subyace la idea de ‘objeto redondo’ que comparten todos ellos. Este es además el que conviene a su étimo *coccum* con una morfología silábica análoga a la de otras palabras con referentes similares: *cucutia* y *cucurbita* ‘calabaza’, *cucumis* ‘cohombro’, *cucullus* ‘capuchón’, ‘cogollo’, *cucuma* ‘pote’, etc. Estos y otros nombres los reúne J. André (1978: 45-52) bajo el epígrafe “‘impressifs de forme’”; entre ellos falta *coccum*, sin duda porque veía en él solo un préstamo griego (cfr. *DÉLL*, s. v. *coccum*). Sin embargo, no se puede excluir, como se ha señalado para la palabra griega², que en el fondo se trate de una palabra del sustrato mediterráneo; en griego tiene género masculino y en latín neutro; hasta el latín tardío no se introduce el masculino *coccus*, como adaptación plena de la forma griega. Pero la diferencia no está solo en el género, sino en la variedad de los significados, siempre partiendo del valor fundamental de ‘objeto de forma redonda’, que conviene a la configuración silábica de las dos palabras.

Según el diccionario de Liddell & Scott (*GEL*, s. v.), κόκκος designaba el grano o la pepita de la granada, del trigo, de la piña; la baya o agalla del quermes, el color escarlata; la píldora, los testículos, los *pudenda muliebria*, etc. Puede observarse el predominio de referentes de forma redonda u ovalada, por lo que las excepciones, como el ‘color escarlata’, característico de la cochinilla, han de ser desarrollos secundarios; sobre el último (‘*pudenda muliebria*’) tendremos ocasión de hacer alguna aclaración a propósito del cast. vulg. *chocho*.

Así que, atendiendo a su morfología, la palabra griega debió designar, en principio, cualquier grano o semilla de forma redonda, con independencia de su color, como las pepitas y huesos de los frutos. Pero se especializó pronto en la indicación de la agalla, más o menos redonda, que forma la cochinilla en cier-

² Alessio (1945: 126). Cfr. *DELG*, s. v. κόκκος.

tos árboles y arbustos; de donde pasó a designar el insecto y el tinte rojo que se extrae de la agalla. Ese color se convirtió en nota relevante del sustantivo, que indicará en particular el grano escarlata de la granada, y del adjetivo κόκκινος ‘rojo escarlata’. No obstante, mantiene el rasgo primordial, concierne a la forma, en la designación de objetos redondos, como píldoras, testículos, etc., y en el significado de varios derivados: κοκκίον ‘píldora’, κόκκων ‘pepita de la granada’, κοκκίζω ‘quitar las pepitas’, κόκκαλος ‘piñón’, κοκκάλια ‘concha’, ‘marisco’, κοκκόδαφνον ‘baya del laurel’, etc.

Y estas son las designaciones del lat. *coccum*, según el *Thesaurus: excrescentia arborum quarundam, nomen coloris, res cocco tinctae*. Es, sin duda, una relación demasiado sucinta en un diccionario que a menudo da detalle de todo tipo de acepciones. El desarrollo semasiológico no debió de ser muy diferente del visto en griego, al menos en el estrato popular de la lengua, casi siempre mal documentado; pero los testimonios literarios presentan una palabra especializada en la designación de un tipo de grano o tumorcillo: la ‘agalla’, excrecencia de ciertos árboles y arbustos, de la que se extrae el tinte rojo, según leemos en Plinio el Viejo:

Coccum Galatiae, rubens granum, ut dicemus in terrestribus, aut circa Emeritam Lusitaniae in maxima laude est (Nat. 9,141).

[La agalla de Galacia, en forma de grano rojo, como diremos al hablar de los productos terrestres, o la de los contornos de Emérita en Lusitania es la más apreciada.]

A ese primer significado sigue el de ‘tinte, materia colorante’, con el que la palabra aparece, por primera vez en latín, en el poeta Horacio (*Sat.* 2,6,102: *rubro cocco tincta uestis*: ‘vestido teñido de roja grana’). Este testimonio y asimismo otros se clasifican bajo el segundo epígrafe (*nomen coloris*), lo que supone confundir la sustancia colorante (*cocco*) con el color (*rubro*). Si *coccum* indicara de suyo el color ahí, no necesitaría ser calificado por *ruber* u otros adjetivos sinónimos, que son los que en realidad señalan el color. Por tanto, hay que contar con un segundo significado ‘materia colorante’, antes que con un tercero ‘color rojo’. La distinción entre ellos se torna más difícil, cuando el nombre del tinte no se acompaña de adjetivo de color:

Vidimus iam... uellera *purpura, cocco, conchylio*... infecta (Plin. *Nat.* 8,197).
[Hemos visto ya... vellones teñidos de púrpura, grana, alconquilla...]

En tales casos el sustantivo *coccum* asume el valor cromático (*color rubeus*) que tendrá su adjetivo *coccinus* (CGL v 494,69). Es una evolución que comparten los otros sustantivos (*purpura, conchylium*) o asimismo el esp. *grana*. El cuarto valor es, en efecto, el de ‘prenda teñida de grana’:

Nondum prima uerba exprimit, iam *coccum* intelligit, iam *conchylum* poscit (Quint. *Inst.* 1,2,6).

[Aún no pronuncia las primeras palabras y ya entiende de *ropa de grana*, ya pide *púrpura*.]

...amicti cocco alii, alii luteo et ostro et purpura... concursant (Fronto p. 12,13 N).
[...concurran... unos *vestidos de grana*, otros de amarillo y de ostro y púrpura.]

Y en latín cristiano se popularizó simbolizando el color de la sangre de Cristo y del martirio:

Quid id *coccum* indicat, nisi praeclarum sanguinem dominicae passionis? (Ps. Orig. *Tract.* 12, p. 136,9).

[¿Qué indica esta grana, si no es la preclara sangre de la pasión del Señor?]

Con independencia de su remoto origen mediterráneo, en su historia latina *coccum* no dejó de incorporar algunos usos netamente griegos. Préstamo de esta lengua es la expresión *coccum cnidium* (André, 1985: 70), a la que el *ThLL* dedica el cuarto apartado; designa el higo proveniente de Cnido, ciudad de Caria en Asia Menor, que se comercializaba seco (*ficus arida*); esa expresión, que terminó formando el compuesto vulgar *cognidium*, ha trascendido a la lexicografía románica y así se encuentra en Covarrubias y en el Diccionario de Autoridades. Al final de la Antigüedad la palabra latina adoptó incluso la forma masculina de la griega, por lo que en este caso puede hablarse de préstamo de género (*coccus*):

Coccus: martyrii species per cruorem, uel caritatis ardor uel crucis mentio (Eucher. *Form.* 9, p. 22).

[El color grana: especie de martirio por derramamiento de sangre, o bien el ardor de la caridad o la mención de la cruz.]

Además de disponer de un gran empleo en latín, COCCUM goza de una amplia representación en las lenguas románicas, según puede verse en columna y media del diccionario de Meyer-Lübke (*REW*, § 2009) y en varias páginas del de Wartburg (*FEW*, II 1, 822-826). No es fácil discernir en qué medida ciertos usos castellanos derivan o no del latín. Corominas (*DCECH*, s. v. *coco I*) piensa con razón que no son todos los que están, pero reduce al mínimo la descendencia latina:

... discrepando de estos dos diccionarios creo, en vista de las irregularidades en el desarrollo fonético (no diptongación de la *ō*) y de la variedad en el vocalismo (*a oc.*, *u it.*, etc.), que no se trata de descendientes del gr. κόκκος, ni de su sucedáneo el latín *cōccum* (que, por lo demás, solo heredó el significado 'cochinilla'), sino de formaciones paralelas.

Por lo que hemos dicho hasta aquí y por las diversas acepciones lexicográficas presentadas, está claro que la palabra latina tiene mucho que ganar respec-

to de esa minusvaloración que la da como un “sucedáneo” de la griega, de la que “solo heredó el significado de ‘cochinilla’”. Al contrario, la herencia latina no supone tan gran merma en comparación con la palabra griega. De los numerosos empleos que se agrupan en las dos columnas dedicadas a *coccum* en el *ThLL* hemos señalado las acepciones de ‘grana, excrecencia de ciertos árboles’, ‘tinte extraído de ella’, ‘color rojo’, ‘objetos teñidos con él’ y ‘cosas que representan su color rojizo’. Es cierto que la palabra latina se polarizó en los sentidos característicos de la producción de la tintura, con lo que se privilegió la nota de ‘color rojo’ a costa del rasgo de ‘forma redonda’ que en griego se aplica a otras clases de granos y por metáfora a otros objetos (píldora, testículos, etc). En este aspecto, griegos y latinos bilingües sabían que a veces el significado de la palabra griega correspondía, mejor que a *coccum*, a *granum* (*CGL* VI, s. v.). No en vano este nuevo sustantivo sería un fuerte competidor que, en su plural (*grana*) convertido en femenino, prosperaría del latín al romance en la indicación de la agalla y de su tinte y color: esp., it., cat. prov. *grana*, fr. ant. *graine*, port. *grã* (*REW*, § 3846).

El único significado de *coccum* relacionado con la idea originaria de objeto ‘de forma redonda’ parece ser el de ‘agalla’; y dada la morfología silábica de la palabra, ese es un significado muy propio. Al contrario de lo que ocurrió en griego y de lo que se lee en algunos diccionarios latinos, no tenemos constancia de que designara el quermes que la producía. Los romanos cultos, al menos, prefieren denominarlo con el término genérico de gusano (*uermis*):

Vermem, unde coccum tinguitur, teres (Marcell. *Med.* 27,50).
[Machacarás el gusano, del que se extrae el tinte grana.]

Y su diminutivo *uermiculus* (‘gusanillo, larva, cochinilla’) no tendrá menos éxito que *granum/-a*, pues se adjetivará indicando el color grana y con tal valor ha pasado a las lenguas románicas: esp. *bermejo*, port. *vermelho*, cat. *vermell*, prov. *vermelh*, fr. *vermeil* (*REW*, § 9230)³.

Con todo, una cosa es lo que se nos ha transmitido en testimonios literarios y otra el uso popular de la palabra, particularmente donde estaban los centros de explotación de la grana. En ellos *coccum* debió de participar de otros valores comunes a su empleo mediterráneo, entre los que estaría la designación del insecto. Aunque parece que los antiguos tomaron en principio la agalla por una baya propia del árbol⁴, al menos quienes estuvieron en contacto con la producción, durante los milenios en que se extrajo el tinte de color grana, debían sa-

³ La adjetivación se produce, en efecto, por desarrollo de la nota predominante de color. Cfr. Cano Aguilar (1999: 180).

⁴ *DAGR*, I 2, s. v. *coccum*; Michell (1955: 246).

ber que el proceso comenzaba por la acción de los insectos rojos que parasitaban los árboles. No se puede descartar, pues, que ya en latín provincial y vulgar el quermes fuera designado con la misma palabra *coccum*, sobre todo en su plural *cocca* que han heredado insectos análogos, como la mariquita (*coca*, *coquita*, etc.). La trascendencia románica de este sustantivo y del adjetivo *coccinus* en la designación de la cochinilla y otros insectos así lo hacen suponer. Hay varias razones históricas para que eso no haya dejado de ocurrir en español.

Sin que pueda tomarse como un argumento decisivo, la producción de la agalla de la cochinilla al norte, sur, este y oeste de la cuenca del Mediterráneo, según leemos en el siguiente texto de Plinio, apoya la idea del origen remoto de su denominación, más allá de la historia de las dos grandes lenguas clásicas:

Omnes tamen has eius dotes ilex solo prouocat *cocco*. *Granum* hoc primoque ceu scabies fruticis, paruae aquifoliae ilicis; *cusculium*⁵ uocant. *Pensionem alteram tributi pauperibus Hispaniae donat*. Vsum eius <ac> rationem in conchylii mentione tradidimus. Gignitur et in Galatia, Africa, Pisidia, Cilicia, pessimum in Sardinia (*Nat.* 16,32).

[Sin embargo, la carrasca desafía a todos estos sus productos [los del roble] con su sola *agalla*. Esta es *la grana* que surge como un tumorcillo roñoso de la chaparra, de la pequeña carrasca de hojas espinosas; la llaman *coscojo*. *Proporciona a los pobres de Hispania el segundo pago del tributo*. Hemos comentado su uso y su técnica al hablar de la púrpura. Se produce también en Galacia, África, Pisidia, Cilicia; la peor se da en Cerdeña.]

Aunque no era una fuente especial de riqueza, la cosecha de grana permitía a los hispanos pagar buena parte de los impuestos a Roma. Como se desprende de otro texto de Plinio citado antes, la principal zona productora se situaba en el suroeste peninsular en torno a Emerita Augusta. Parece que la misma especie de tributo pagaban otros pueblos en el México precolombino, de donde llegará un día la grana del nopal, de calidad superior.

Según se ve, la agalla, criada en una variedad de encina achaparrada, la coscoja (*quercus coccifera*), tenía el nombre prerromano de *cusculium* (> *coscojo*), que no se limita a ser hispánico, pues ha pervivido también en otras lenguas del Mediterráneo occidental: sardo, corso, provenzal, calabrés, siciliano, etc.⁶. Sus dos primeras sílabas no dejan de presentar una morfología análoga al lat. *coccum* y al gr. κόκκος, por lo que han de corresponder a la misma base mediterránea. Así lo sugirió ya G. Alessio:

⁵ Este es el único testimonio de *cusculium* (var. *cuscolium*), préstamo del sustrato mediterráneo. Aunque puede haber alguna duda de si la palabra se refiere al producto o al árbol (Hoz, 2010: 193), esto es, a *granum* (la grana) o a *ilex* (la carrasca), la parte final del texto, en particular desde *usum eius...*, deja claro que se trata del coscojo y no de la coscoja.

⁶ Hubschmid (1954: 17; 1960: 38 y sigs.); Rodríguez-Pantoja (2004: 128). Acerca de la continuidad románica de la palabra, véase REW, § 2424, y el buen artículo del DCECH, s. v. *coscojo*.

Il rapporto fonetico tra medit. **cosco-* e gr. κόκκος non è chiaro. Per la priorità della forma con -s- parla anche l'assimilazione -σκ- > -κκ- ben nota, per es., al laconico e sopravvive nello zaconico, cfr. ἄκκος· ἄσκός ... (Alessio, 1945: 126)⁷.

Pues bien, esa base *coscolcuscu-* del nombre mediterráneo occidental del producto de la cochinilla es la que ha dado el esp. *cuesco* 'hueso de la fruta' y se halla asimismo en otros numerosos derivados relacionados con la forma esférica o con el color rojo de la agalla: *cosco* 'corteza exterior de la castaña', *coscolina* (arag.) 'fruto del roble', *coscolines*, con el mismo significado ('testículos') que tenía el gr. κόκκος, *coscar* (leon.) 'chocar', *coscorrón* 'golpe en la cabeza' y 'pedazo de pan frito' (andal.), *coscurro* (salm.) 'rescaño, cantero, pedazo de pan', etc. Son solo algunos ejemplos que permitirán entender mejor ciertos desarrollos paralelos de *coccum* en romance, como *coco* 'agalla' (gall.) y 'castaña' (prov.), *coca* y *cocotazo* (arag.) 'golpe dado en la cabeza', *cocacho* 'coscorrón, cocotazo', *cocos* (alav.) 'alubias, pochas', etc.⁸ Por lo cual, no es una sorpresa hallar la propia base *coscus*, con asimilación *cossus* y *cossis*, analógico de *uermis*⁹, en latín tardío en el tratado de veterinaria de Quirón, designando ciertos gusanos intestinales:

Similia signa adferet et hic, qui in longaone *cosse*s, id est *uermes rubros et rotundos* habuerit (Chiron 718).

[Síntomas semejantes dará también el que tuviere en el intestino grueso *cosse*s, esto es, *gusanos rojos y redondos*.]

Antes de llegar a ese destino, *coscus* ha debido de designar, lógicamente, el insecto productor de la agalla: la cochinilla.

Si recordamos que κόκκος, por su propia estructura fónica, designa en principio objetos 'de forma más o menos redonda', entenderemos que se aplicara a cualquier producto natural o artificial con esa forma y que indicara en particular la 'agalla', como excrecencia más o menos esférica. Hemos comprobado que esta designación especial fue más notable en el lat. *coccum*; luego, la nota de 'color rojo' que tenía el tinte extraído de la agalla prevaleció sobre la forma. Entre el referente de la agalla y el del color rojo se halla precisamente la cochi-

⁷ Variantes análogas se hallan en otros trabajos del mismo autor: *caccabus / cascabus* 'caldero', (κόκκος / κόσκινον 'criba', formado como *farinarium (cribrum)* 'harnero' (1941: 161 y sigs.); "...ci ha portato a riconoscere nel gr. κάστανος 'castagno' e nel gall. *cassanos* (da anter. *castanos*) 'quercia' due relitti independenti da una comune base medit. **casto-* col valore probabile de 'albero di alto fusto'..." (1948-1949: 112).

⁸ Varios de esos ejemplos los refiere F. Krüger (1952: 15-29), quien insiste en "el indudable origen onomatopéyico de las palabras". Sin embargo, no es así, al menos, que nosotros sepamos, para las tres primeras bases.

⁹ DELL, s. v. *cossus*. Para algunos resultados de *cossis* en español, p. ej., *cosijo, cojijo* 'gusano' y 'desazón moral', véase DEEH, s. v.

nilla, insecto rojo y de cierto contorno redondo. Lo cual es suficiente para suponer que la palabra latina, al menos en su uso vulgar, debió de designar también la cochinilla, lo mismo que la variante de sustrato *coscus*. Esta hipótesis se apoya además en los resultados de *coccum* y sus derivados en romance.

Podemos contar, pues, con tres notas características de *coccum*: la ‘forma redonda’ de la agalla, la ‘referencia al insecto’ que la produce y el ‘color grana’ que se extrae de ella. Las tres son más o menos determinantes en las palabras griega y latina y lo serán en la rica polisemia que se observa en las lenguas románicas e incluso fuera de ellas. El rasgo semántico de ‘forma redonda’ se manifiesta en muchos resultados de *coccum* y su plural *cocca* en romance. En español *coco* designa la agalla de roble o alcornoque, *coca* la baya pequeña y redonda, la torta, una parte del peinado femenino; *coco* y *coca* la cabeza; en gallego *coca* la bugalla grande, etc.¹⁰. En francés *coque* denomina cualquier objeto de forma redonda, como bayas, nuez, concha (*coquille*), capullo, nudo, moño, y su envoltura (casco, cáscara, cascarón); y *coche* es la muesca o corte, cuyos bordes forman una excrescencia encarnada o la semejan¹¹; en italiano *cocco* se aplica a la baya, el huevo, el hongo (Stoppelli, 1993, s. v.); en rumano *coc* es un panecillo redondo y *cocă* un pastel (Pușcariu, 1905, s. v. *coc*), etc.

Como hemos propuesto, *coccum* debió de designar, además de la agalla, la cochinilla adulta que la criaba, al menos en el latín vulgar de quienes explotaban la producción y conocían el proceso de formación de la grana. Ese es el paso obvio para explicar que la palabra designara también otros insectos. Resulta impensable que, comenzando por la agalla, no designara a continuación la cochinilla, antes de pasar a denominar, p. ej., la mariquita, de color rojo como ella. En efecto, algunos descendientes románicos de *coccum*, *cocca* y sus derivados han dado nombre a insectos o moluscos que guardan algún parecido por su forma o color con aquella. Así, *coco* es nombre tradicional de cualquier gusanillo o gorgojo¹²; pero ningún otro insecto muestra tantos lazos onomasiológicos con la cochinilla como la *mariquita*. De entre los 240 nombres de esta, recogidos por A. Riera (1950: 621-639) en las provincias españolas, merecen atención de momento los siguientes: *coca*, *coca paniera*, *coca panadera*, *coca de Dios*, *coca de San Antón*; los diminutivos *cocuca de Dios*, *coquina de Dios*, *coquita de Dios*, *coquito*, *coquito de Dios*, *coquín de Dios*; la variante *cuca*,

¹⁰ DCECH, s. v. *coco*; DEEH, s. v. *coccum*; DEA, s. v. *coco* y *coca*; DRAE, s. v. *coco* y *coca*. Partiendo de esos significados, cabe explicar como adquisiciones posteriores los de cuentas de rosarios, fantasma infantil o fruto del cocotero.

¹¹ FEW, II 1, s. v. *coccum*; DELF, s. v. *coque* y *coche*; Guiraud, 1994, s. v. *coche* ‘entaille’. Si el desarrollo semasiológico que proponemos es cierto, la explicación de G. Rohlfs (1979: 50, n. 72) sobre el fr. *coche* ‘cerda’, ‘muesca’, it. *cocca* ‘muesca’, etc. habrá de ser reescrita.

¹² Como nombre científico de la bacteria de forma más o menos circular, sobre todo en composición (*gonococo*, *estreptococo*, etc.), ha de ser préstamo culto del griego.

cuca de San Antón; los diminutivos *cuquica* y, en catalán, *cuquet, cuquet de Sant Antoni, cuqueta de Sant Miquel*.

Por otra parte, el diminutivo *coquina*, ya sin apellido divino, designa un molusco acéfalo, comestible y abundante en las costas del sur peninsular. De esta palabra se ha dado la etimología latina *concha* (“concha”), digna de Varrón o de Isidoro de Sevilla, que operaban por aproximación paronímica; por fortuna, se ha desechado, pero la palabra continúa sin una explicación segura. Sin duda, se ha formado sobre *coca* con el sufijo *-ina*, habitual en función diminutiva, al menos en asturleonés (González Ollé, 1962: 329-331; Pharies, 2002: 342). En las denominaciones de los seres vivos influye más una nota particular que una característica común a otras especies. No es difícil identificar en la descripción cuál ha podido ser ese rasgo llamativo:

Molusco acéfalo, cuyas valvas, de tres a cuatro centímetros de largo, son finas, ovales, muy aplastadas, y de color gris blanquecino *con manchas rojizas...* (DRAE, s. v.).

Una mancha roja siempre distingue, según puede observarse entre los empleos del adjetivo *coccineus*:

...coccineis maculis et alieno rubore aspersam baptismatis tunicam (Comput. Carth. 1,1).

[...la túnica del bautismo estampada *de manchas grana* y de un rojo extraño.]

Más que la forma oval de las valvas, son esas “manchas rojizas” las que, a nuestro entender, dan nombre a la coquina y nos inducen a ver en la palabra un diminutivo de *coca*, como continuador del lat. *cocca*, plural feminizado del neutro *coccum*, la agalla del tinte rojo.

3. LOS ADJETIVOS DE COCCUM. DE COCEUS A CUEZO, COCHO

Cuatro son los adjetivos con la base léxica de *coccum*: *cocceus*, *coccineus*, *coccinus* y *coccinatus*; todos de época imperial (André, 1949: 116 sig.). En ellos el color rojo, el tercer bloque significativo, prevalece sobre la nota de ‘forma redonda’ originaria del sustantivo. A estos cabe añadir el nombre gentilicio *Coccēius*, que debió de formarse como adjetivo sobre el sustantivo *coccum*, con el mismo sufijo que tiene *plebēius* respecto de *plebēs* y que fue muy productivo en gentilicios (*Apuleius*, *Petreius*, etc.). Lo llevó la familia del emperador Nerva y de él hay abundante documentación¹³, que sitúa su datación

¹³ Leumann (1977: 289 y sigs.); Schulze (1991: 426 y sigs.); *ThLL, Onomasticon*, II, s. v., col. 516,40 - 518,25; *RE*, IV.1, s. v. col. 129-155.

muy por delante del nombre común del que deriva. Con ese sufijo, no es probable que *Cocceius* se limitara a señalar el color del pelo y se aplicara en principio a un individuo pelirrojo, sino que pudo designar a un recolector o comerciante de grana.

El adjetivo *cocceus* es un derivado elemental de *coccum*; el *ThLL* da solo tres empleos tardíos, referidos a la indumentaria ('de grana o escarlata'); pero, habida cuenta de su trascendencia, debió de gozar de cierto uso popular y deberá tener una representación mucho más amplia en los diccionarios etimológicos. *Coccinus* ('rojo grana') apareció al principio del Imperio, gozó de gran uso en la lengua literaria y no dejó de ser apreciado en la lengua popular, según prueba su notable herencia románica. Aunque ha sido considerado una formación híbrida, como *conchyliatus* y *gausapatus* (Daheim & Blänsdorf, 2003: 97), no está dotado de sufijo latino y es en su integridad el adjetivo griego κόκκινος, η, ov, adaptado a la declinación latina. Precisamente, los adjetivos grecolatinos en *-inus*, constituidos sobre fitónimos o nombres de sustancias naturales, son muy propensos a indicar el color (Kircher-Durand, 2002: 143). *Coccineus* ('rojo grana') ha surgido por el cruce de los dos anteriores; se halla ya en Petronio y tuvo un amplio uso en la latinidad tardía. Ha sido introducido como cultismo en romance (esp. *cocíneo*). A su vez, *coccinatus* ('vestido de grana') se ha formado sobre la base sustantivada *coccin-um* con el productivo sufijo *-atus* que acabamos de ver en los dos híbridos anteriores. Como *cocceus*, tuvo escaso empleo, pero se encuentra en autores de mayor relieve: Marcial, Suetonio y Tertuliano. No encontramos referencia alguna de que haya dejado descendencia y todo parece indicar que el rum. *cochinădă* ('sarampión', 'escarlata') es préstamo del ngr. *κοκκινάδα*¹⁴, derivado del adj. *κόκκινος* mediante el prolífico sufijo *-άδα*. Los productivos son, pues, los dos primeros y ellos merecen nuestra atención en este capítulo y en el siguiente¹⁵.

Pese al dominio referencial del color, en *cocceus* todavía se produce algún resultado románico en el que prevalece la forma. Así, hay que ver en *COCCEUM*, "derivado de *coccum* en el sentido de 'cabeza'" (*DEEH*, s. v.), el étimo de *cuezo*, que no deja de designar la cabeza y más precisamente su parte posterior, como el arag. *coizo* ('cogote'), que tiene el mismo origen. Esa explicación de *cuezo* encuentra apoyo además en el compuesto **POSTCOCCEUM*, étimo de *pescuezo* ('detrás del cuezo'), para indicar la parte posterior del cuello que sigue al cogote. La expresión *meter el cuezo* ('introducirse indiscreta e

¹⁴ Cioranescu (1958) s. v.; Tiktin (2001) s. v.

¹⁵ En el estudio de las variedades del color rojo de H. Blümmer (1889) no se menciona más que *coccinus*. Y solo este y *coccineus* figuran entre los 58 adjetivos latinos del color rojo que M.^a Grossmann (1988: 109) reúne bajo el archilexema *ruber*. Mientras *coccineus* no subsiste más que en el cultismo *cocíneo*, *cocceus* ha proporcionado, según vamos a ver, no menos palabras patriomiales que *coccinus*.

imprudentemente en una conversación o negocio’, *DRAE*, s. v.) ha debido ser ‘meter la cabeza’, análoga a otras, como *meter las narices* o *meter la pata*. Y el otro significado de *cuezo* (‘vasija’, ‘artesa’) ha de remontarse, en principio, a la misma designación de objeto redondo que se percibe en *coco*¹⁶.

Pero es la nota de color ‘rojizo’ de *cocceus* la que le proporciona mayor fortuna. En efecto, este adjetivo ha debido aplicarse con toda naturalidad al cerdo colorado (*porcus cocceus*), hasta sustantivarse y constituir, según proponemos aquí, la base etimológica del esp. *cocho* (‘cerdo’), del fr. *coche* (‘cerda’) y de otras formas análogas. La diferencia de solución fonética en *cuezo* y *cocho* ha de tener explicación dialectal; como veremos, a propósito de *cochino* y *cochinilla*, la palatalización de -CE/CI- está bien atestiguada en mozárabe. Y ello no debe de ser óbice para que los resultados palatales de COCCEU > *COCCIU se den en las regiones del norte. *Cocho* goza de buen uso en gallego y se ha empleado en español sobre todo en Asturias, León, Álava y Navarra. Hasta ahora los etimólogos han sostenido que estos nombres se han formado sobre la voz *coch*, con que se llama al animal¹⁷. Ahora bien, aquí no estamos ante el dilema insoluble de si fue antes el huevo o la gallina. Al contrario, una vez descubierto el étimo latino del nombre del animal, está claro que el ‘huevo’ de la presunta onomatopeya *coch* ha sido puesto por la ‘gallina’ allí donde se cría. Y así como de *cocho* se ha desprendido *coch*, de *cochino* ha surgido *chín*, con el mismo valor interjetivo para llamar al cerdo¹⁸.

Es más, el hecho de que esa voz de llamada no solo se atestigua en los romances de Celtiberia y la Galia, que disponen de descendientes de COCCEU > *COCCIU para nombrar al animal, sino incluso en alemán dialectal (*kusch*, *kusch!*) y en otras lenguas, que no han dejado de mantener contacto con el latín

¹⁶ A *COCCEUM han de remontarse, lo mismo que *cuezo*, otras formas románicas que a veces se dan como de origen incierto: arag. y murc. *cocio* ‘tina de la colada’, oc. *cosso* ‘escudilla de madera sin asa’, gasc. *coço* ‘cucharón’, it. *coccio* ‘vasija’, etc. Cfr. *DCECH*, s. v. *cuezo*; *REW*, § 2011.3; *FEW*, II 1, 827.

¹⁷ Véase la nota 1 y además Pena (2006), s. v. Cfr. Stangier (1929: 24-40); *FEW*, II, 2, s. v. *koš*, 1254-1256; *DELFL*, s.v. *cochon*.

¹⁸ *DRAE* s. v. *chín*. Según nos sugiere A. Martín, este debe de ser el segundo elemento de *matachín*, en principio, el experto en matar el cochino de la matanza. Otro tanto puede decirse de *chancho*, usado por *puerco* en América. Proviene, en efecto, de *sancho* con el mismo significado de ‘puerco, cerdo’, que es característico de Aragón y La Mancha; pero su explicación etimológica por ‘*sanch*, voz para llamar al cerdo’ (*DRAE*, s. v.) es tan errada que nos parece un caso hiperbólico del recurso a la onomatopeya. Si hay un animal propenso a echar panza, ese es el paquidermo en cuestión, sea cerda de vientre o cebón de matanza. Así que el tal *sancho* ha de ser *sancho panza*; primero *panza* y después también *sancho*; si además este nombre es usual en La Mancha, ¿qué otra evocación literaria se necesita para confirmar su referencia al inmortal escudero de Don Quijote? Pues la del caballo de Troya que en el latín imperial dio lugar a la expresión *porcus troianus* (‘puerco relleno de sorpresas’) y al principio de la Edad Media a *troia* (‘cerda preñada’), de donde el it. *troia*, fr. *truie*, cat. *truja*, etc.

y con el romance, no ha de suponer mayor dificultad. Bajo esa influencia han debido surgir ciertas denominaciones centroeuropeas del cerdo que guardan analogía con tal onomatopeya, como al. *küsch* (Aquisgrán), eslov. *kočej* o húng. *koca*, etc. Si se hallan descendientes de *porcus* y *porcellus* (cfr. al. *Ferkel*) fuera de los límites románicos actuales, parece normal que también se hallen de su sucesor *cocceus*.

Cocho ha quedado como un arcaísmo; de su consolidación inicial habla el derivado *cochambre* y ha mantenido algún otro derivado, como el diminutivo *cochastro* ('cría de jabalí', *DEA*, s. v.). Sufrió muy pronto la concurrencia de *cochino*, mucho más fuerte que él. Quizá, más que la pujanza de *cochino*, le perjudicó la homonimia de *cocho* (< COCTU), participio patrimonial de *cocer*. Y en la confusión producida por esa colisión se ha visto metido el derivado *cochambre*, que a veces se ha referido a la cochura, en vez de a la suciedad del cerdo¹⁹. La nota 'grasienta' que recoge la definición académica es una huella pertinaz de ese cruce etimológico²⁰. La variante *gocho*, con la que se diferenciaba de *cocho* ('cocido'), a la vez que se parecía más a *gorrino*, no ha tenido mayor éxito.

COCCEUS, como adjetivo de color, no se ha limitado a dar nombre al cerdo colorado. Se ha aplicado, con igual razón al perro y al grano de ciertas especies vegetales. G. Rohlf, explicando el origen onomatopéyico de estos nombres del cerdo, observa que también al perro se lo llama de forma similar en diversas lenguas:

Anderswo gilt ein ähnlicher Lockruf für den Hund, z. B. in Calabrien *cucci-cucci*, in Spanien *cuz-cuz*, in Aragonien *kus-kus*, rum *cuțu*, woraus sich neue Namen für den Hund selbst ergeben haben: galiz. *cucho*, arag. *cocho*, katal. *gos*, ital. *cuccio* 'junger Hund', leon. *cusco* id.²¹.

Uno no puede menos de preguntarse qué tienen en común el gruñido y el ladrido, para haber extraído de ellos una voz de llamada semejante y, consiguientemente, el nombre de ambos animales en tantas lenguas.

En cambio, si el étimo está en un adjetivo de color, parece obvio que este se haya aplicado a especies diferentes cuyos individuos muestren tal cualidad. Es el mismo proceso denominativo observado en GAUSAPATUS ('de pelo suave'); este adjetivo podía aplicarse a las crías de cualquier especie de mamíferos (*ceruus*, *lepus*, *lupus gausapatus*, etc.) y en esa función proporcionó el sufijo -ATTUS > esp. -ato: *cervato*, *lebrato*, *lobato*, etc.; pero, en vez de fundirse con

¹⁹ Covarrubias (1977 [1611]), s. v.; *NMLE*, 2007, s. v.

²⁰ *DRAE*, s. v. *cochambre*: 'suciedad, cosa puerca, grasienta y de mal olor'.

²¹ Gerhard Rohlf (1968: 206, n. 15). Mayor detalle en lo que atañe al catalán y otras lenguas, sin variar el origen imitativo del nombre, puede verse en Coromines (1993: IV), s. v. *gos*.

el sustantivo, también pudo sustantivarse, de manera que GAUSAPATUS (*ceruus, lepus, aper*) se especializó en la designación de tres especies distintas: *gabato* ('cría del ciervo o de la liebre') y la variante *jabato* ('cría del jabalí')²². Tal es el proceso por el que pasó COCCUS (*porcus, canis*), hasta dar *cocho* ('cerdo', 'perro'). Lo cual no tiene nada de extraño, pues *cocceus* es, al fin y al cabo, un sinónimo de PYRRHUS ('rojo'), en el que hay que ver el étimo de *perro*.

La referencia de COCCUS al perro está más extendida en español de lo que parece, pues ahí está *chucho*, variante de *chocho*. Este se ha formado sobre *cocho* por reduplicación silábica, un fenómeno muy productivo en la lengua popular y familiar. Recordemos el caso de *chancho* ('cerdo'), formado a partir de *sancho* (*panza*), según hemos explicado en la nota 18. Al igual que es innecesario recurrir a la onomatopeya COCH, para explicar *cocho* y por consiguiente *chocho*, también es evitable la onomatopeya CHUCH (*DCECH*, s. v. *chuch*), para dar cuenta de *chucho*, dicho del perro y de otras especies animales, sobre todo si hay lugar a alguna nota de color rojizo que justifique en principio la calificación de COCCUS.

A su vez, *chocho* tiene varias aplicaciones en el ámbito vegetal y en el animal. No solo es el fruto del altramuz²³, sino el grano de legumbre más o menos redondo y pinto²⁴. El uso popular con el valor de 'coño' (*chocho, chochito*) pudo comenzar por la designación del clítoris y, en ese caso, quizá su vecindad con la vagina no es indiferente a la relación complementaria del grano y la vaina de la legumbre, sin perjuicio de la analogía que ya en latín mantiene *uagina*, como término anatómico, con la vaina en que se enfunda la espada (Montero Cartelle, 1991: 54). No menos elemental es la relación entre el grano del cereal y la especie de vaina con que nace la espiga:

Ea [spica] quae mutilata non est, ut in hordeo et tritico, tria habet continentia, granum, glumam, aristam et etiam primitus, spica cum oritur, uaginam. Granum dictum quod est intimum solidum (Varro Rust. 1, 48, 1). [La espiga que no es mocha, como la de la cebada y el trigo, consta de tres elementos contiguos: el grano, la gluma y la raspa e incluso al principio, cuando brota la espiga, la vaina. Se llama grano la parte íntima consistente.]

La acepción de *chocho* en cuestión puede ser muy antigua. Si no a la vez, antes que en otras conexiones metafóricas, como la de la variante *chucha* ("al-

²² Cfr. García-Hernández (2006: 284; 2012a: 674-677; 2012b: 45-49).

²³ La explicación del origen de *chocho* a partir de SALSUS, por prepararse con sal (*DRAE*, s. v.), tiene poca consistencia.

²⁴ Con ese valor lo hemos conocido en la provincia de Salamanca. Aparece relacionado con otras legumbres en textos del Siglo de Oro (*DCECH*, s. v., n. 7). De Lamano y Beneite (2008), s. v., lo da como 'cuesco de fruta. Semilla de cualquier fruta comestible', acepciones que eran ya muy propias de la respectiva palabra griega y del lat. *coscus*.

meja que segrega un humor rojo”, *DCECH*, s. v. *chocho*, n. 6), hay que pensar en referentes vegetales. Recuérdese que en griego antiguo κόκκος, además del significado de ‘grano’, incluía el de ‘pudenda muliebría’ y téngase en cuenta otras expresiones de frutos con referencia análoga, como *higo* y *castaña*; la primera ya en griego antiguo. Tanto si ese significado ha sido recibido por tradición como si es una adquisición posterior, *chocho* es palabra característica de la sociedad rural. Esta siempre ha sido experta en materia de reproducción vegetal y animal, a la vez que ha estado libre del rigor técnico impuesto desde antiguo por la ciencia médica en las designaciones anatómicas. Cuando el hombre común dice que le duelen *los riñones*, no se limita a señalar las glándulas secretoras de la orina; de forma similar, ha podido producirse la extensión designativa de κόκκος y de *chocho*, desde el valor inicial de ‘grano’, hasta el de ‘vulva’²⁵.

Dado el origen adjetival del étimo latino (COCCEUS, COCCEA), nada de particular tiene encontrarlo aplicado, indicando en principio el color, a animales domésticos, como el cerdo (*cocho*) y el perro (*cocho*, *chucho*), y al grano de legumbres (*chocho*), de donde ha tenido otras aplicaciones metafóricas. Quizá algún día digamos cómo la misma raíz etimológica se halla en el nombre de alguna otra ave; de momento, nos conformamos con señalar el femenino *chocha*, que designa un ave zancuda, poco menor que la perdiz, con plumaje de color gris ‘rojizo’ con manchas negras.

4. DE COCCINUS A COCHINO

En ningún diccionario, con mayor o menor referencia etimológica, hemos visto que el origen de *cochino*, como nombre del cerdo, se ponga en relación con el lat. COCCINUS. Lejos de eso, tanto *cocho* como *cochino* se hacen derivar “de la interjección *coch* (o *coche* o *cuch(e)*), empleada en muchas lenguas para llamar al cerdo”²⁶. Con semejante origen onomatopéyico, *cocho* y *cochino* se han tenido por un nombre primitivo y su derivado; este con valor diminutivo, como si el primero designara la especie y el segundo la cría. A la vista de ciertos testimonios, no se puede negar que en parte ha sido así: *cochino* es tomado por “diminutivo, con el sentido originario de ‘lechón’, que está bien claro en J. Ruiz y APal.”; pero también se aplica al cerdo adulto, como se ve en Nebrija, que lo traduce no solo por *porcellus* o *nefrens*, sino por *maialis* (‘cebón’)²⁷. La

²⁵ En la palabra griega quizá sería posible seguir la conexión metafórica entre las acepciones de ‘higo’ (κόκκος κνίδιος) y ‘vulva’; en la castellana, en cambio, parece inevitable partir de la imagen de ‘grano’.

²⁶ *DCECH*, s. v. *cochino*; *DEEH*, s. v. *coch*.

²⁷ Esa es la explicación que puede leerse en el *DCECH*, s. v. *cochino*.

hipótesis del diminutivo parece haberse reforzado no solo con la apariencia de antiguo primitivo que tiene *cocho*, sino con el paralelo del fr. *coche* y *cochon*, pues este último hasta el s. XVII designó sobre todo el cerdo joven²⁸.

Sin embargo, COCCBUS, el étimo de *cocho*, es un adjetivo, como lo es COCCINUS, étimo de *cochino*. Su diferencia reside, según hemos dicho al principio del capítulo anterior, en que el primero deriva del lat. *coccum* y el segundo es préstamo del gr. κόκκινος, que a su vez deriva de κόκκος²⁹. La aplicación de los dos adjetivos latinos al cerdo está motivada no por la diferencia de edad o de tamaño, sino por el color: tanto *porcus coccinus* como *porcus cocceus* fueron unidades fraseológicas que designaban el cerdo colorado. Son variantes sinonímicas, de manera que allí donde ha predominado un nombre el otro se ha hecho innecesario o ha caído en desuso. Y solo en la medida en que han coincidido en el mismo estado de lengua, pueden haber tendido a diferenciarse, como si uno fuera el diminutivo del otro.

COCCINUS es sin duda una propuesta etimológica de *cochino* mejor fundada que la onomatopeya referida. Lo que no quiere decir que esté exenta de alguna dificultad. Para empezar, entre la palabra latina y la española no hay, al menos en principio, coincidencia acentual y, por otra parte, no hemos encontrado testimonios de *coccinus* en los que designe directamente al cerdo, como tampoco de *cocceus*. Sin embargo, hay razones históricas y semánticas suficientes para sostener las soluciones etimológicas de uno y otro que damos aquí.

En lo que toca al acento, la cantidad breve de la vocal penúltima está bien atestiguada en los poetas, por lo que la acentuación proparoxítona de la palabra es segura. Pero hay que contar con la adaptación prosódica y fonética de ese préstamo culto al latín vulgar y su evolución en protorromance. Entre la adaptación culta y la popular puede haber una gran diferencia. Ahí tenemos el caso de *gausāpus*, tomado de γάσσαπος y proparoxítono en el latín literario, pero que vino a ser paroxítono en latín vulgar, para llegar al romance *gazapo*; la geminación expresiva (**gausappus*), por la que se conservó la labial sorda, facilitó el desplazamiento prosódico. En el caso de *coccinus* debió operar un factor análogo: el sufijo *-īnus*, característico de los préstamos griegos, estaba sometido a la influencia de los numerosos adjetivos latinos en *-īnus*. Algunos, como *porcīnus* y *suīnus*, eran de referencia tan próxima que *coccinus* no debió de tardar en alcanzar la acentuación llana.

No obstante, la forma proparoxítona parece haberse conservado, con carác-

²⁸ FEW, II, 2, s. v. *koʃ*, 1254 y 1256; DELF, s. v. *cochon*.

²⁹ El adjetivo griego es de uso popular, no literario, y documentación tardía (s. III a. C.); pero no dejará de ganar terreno a ἐρυθρός 'rojo', hasta convertirse en la expresión normal de este color en griego moderno. Véase Pociña (1991). *Coccinus* no logró desplazar a *ruber* y sus variantes (*rubeus*, *russeus*, *russus*), que han pervivido en romance; pero ha tenido un destino importante como sustantivo.

ter aislado, en la voz de llamada del animal. Según nos informa A. Martín, en la provincia de Huelva, concretamente en la Sierra de Aracena, para llamar a los cerdos se emplea ¡*uóquina!*, de forma repetida, así como la variante ¡*óquina!*³⁰ Seguramente, hay rasgos dialectales por medio, pero la palabra es demasiado análoga para no ver en ella la coincidencia con el femenino COCCĪNA, étimo de *cochina*; lo que hace suponer que en principio sería grito dirigido a las hembras en particular. De su antigüedad habla además la conservación de la velar en la sílaba media, explicable por su carácter interjectivo. Si esto es así, una forma tan precisa vendría a confirmar que el nombre común del animal es el que proporciona la voz para atraer su atención y no a la inversa, como suele sostenerse. Esto es, la interjección ¡*coch!*, tomada hasta ahora por base etimológica de *cocho*, *cochino* o del fr. *coche*, surge en realidad de estas palabras, como debió de ocurrir con ¡*(u)óquina!*

Con todo, la mayor dificultad para poner en relación *cochino* con *coccĭnus* no parece haber estado en la posición del acento, sino en la palatal intermedia, la misma de *cocho*. Lo cual no es un reparo insuperable en iberorromance. La palatalización de la velar sorda latina delante de las vocales palatales (*i*, *e*) se produjo, con ciertas excepciones, a lo largo y ancho del Imperio, al menos desde el siglo III³¹, y la geminación de la consonante no fue impedimento en esa evolución, según consta en la grafía *coctinum* de las Glosas de Reichenau (329), citada al principio de este trabajo. Contamos, pues, con el fenómeno ya en latín y lo tenemos en la misma palabra objeto de estudio y se observa en continuaciones románicas de otras latitudes. Las lenguas orientales, italiano y rumano, mantuvieron la fase inicial de la palatalización, en tanto que las occidentales avanzaron hacia la africación y asibilación; pero a menudo los contrastes entre grandes áreas lingüísticas del Imperio Romano se producen también dentro de territorios menores; así, resulta que, según hemos anticipado y veremos con mayor detalle al tratar de *cochinilla*, la fase palatal se conservó al menos en mozárabe.

Por tanto, ni *cochino* es un derivado de *cocho*, ni este es una forma regresiva de aquel y mucho menos una creación imitativa sobre la voz *coch*. Ambos son continuación de sendos adjetivos latinos de color, aplicados al cerdo (*porcus coccinus*, *porcus cocceus*), que se sustantivan después. Y no son los únicos casos de adjetivos de color latinos que terminan como nombres del cerdo en romance. Este es un campo con una riqueza sinonímica bien reconocida (Salvador, 1985: 58); razones de interdicción social favorecen esa variedad

³⁰ Cfr. la nota inicial. Añadamos que la acentuación proparoxítona originaria se mantiene también en el rum. *cocinã* ‘pocilga’; véase más adelante p. 59 y n. 33.

³¹ *K* delante de *e*, *i*, “asume en casi todo el Imperio (menos en Cerdeña y Dalmacia) una articulación cada vez más anterior, hasta palatalizarse, volverse africada o asibilarse (> *tš*, *ts*, *s*)” (Coseriu, 1954: 104 sig.).

denominativa que en buena parte alimentan los adjetivos de color. En otra parte hemos sostenido que en el adjetivo de la colocación *porcus uarius* ('cerdo pinto') hay que ver el étimo del esp. *guarro*, para el que también se ha recurrido al sólito origen onomatopéyico (< *guarr-*):

'Modo sic, modo sic', inquit rusticus; *uarium porcum* perdiderat (Petron. 45,2).
 ["Por una parte es así, por otra asá", decía un campesino, que había perdido un puerco variopinto (esto es, un guarro).]

Casi de forma paralela a *cocho* y *cochino*, junto a *guarro* se halla *guarín*, cuyo étimo **uarinus*, derivado de *uarius*, le ha proporcionado, en este caso sí, un claro significado diminutivo ('lechoncillo', 'el último nacido en una lechigada')³².

Hasta el presente cualquier palabra que lleva la base de *cochino* se ha puesto en relación con el cerdo, como si este animal hubiera sido su referencia primordial. Ahora bien, desvanecida la presunta onomatopeya *coch* y sentada la nueva base etimológica COCCINUS ('del color de la cochinilla'), está claro que puede tener otras referencias. En efecto, el adjetivo, a medida que se desmarca de la cochinilla, como referencia inicial, pasa a ser marca del color rojo antes que de una especie animal concreta. Y si en el caso de *cocceus* los resultados románicos suponen, además de *porcus cocceus* (> *cocho*), al menos *canis cocceus* (> *cocho*, *chucho*), en el caso de *coccinus*, a *porcus coccinus* (> *cochino*) hay que añadir *ouis coccina*, supuesta por el macedorrumano *coaṭin* ('oveja blanca de cabeza pardirroja', REW, s. v. *coccinus*, § 2008.1). Lo cual no tiene nada de particular si ya en Tertuliano (s. II-III d. C.) hallamos la expresión *coccineas oves* (*Cult. fem.* 2,10). La expresión análoga *porcus coccinus* no debe de ser posterior; la prueba es que, dado el temprano aislamiento de la Dacia, el rumano ha conservado *cocinǎ*, con el significado de 'pocilga' y el antiguo acento proparoxítono³³.

Pero estos adjetivos, a la vez que califican el color de los mamíferos, desde su referencia primordial a la cochinilla, debieron de aplicarse muy pronto a otros insectos comparables con ella por su color o por su forma, como la mariquita y la cochinilla de la humedad. Si se toma en cuenta esta diversidad designativa, dentro de la cual el referente porcino es históricamente secundario, se comprenderá la necesidad de revisar el concepto inicial de algunas palabras románicas que llevan la base del lat. *coccinus*. En ellas se observan varios cabos sueltos que requieren una explicación distinta de la tradicional. Aunque hay otras que también merecen atención, para terminar, vamos a considerar *cochinilla*, la más importante.

³² García-Hernández (2013b: 533 y sigs.). *Cochino* y *guarro* concurren como variantes más o menos dialectales con *gorrino*. Acerca de su distribución en las cuatro provincias, centrales y meridionales, de Castilla-La Mancha, véase Hernández Muñoz (2009: 279-300).

³³ EWRS, II c, s. v. *coche*; Tiktin (2001), s. v. *cócinǎ*.

5. COCHINILLA, LA CLAVE PRETERIDA

Sí, ¿qué pinta la palabra *cochinilla* en nuestros diccionarios para no haber sido por sí sola la clave etimológica de cuantas novedades hemos expuesto aquí? No parece haberse tenido claro el origen de *cochino*, pese a disponer del diminutivo *cochinillo* y sobre todo de *cochinilla*. ¿Cómo es que no se ha planteado, de una forma más consecuente, la relación histórica de *cochino* o *cochinillo* con *cochinilla*? Quizá porque se ha vedado ese camino con soluciones aparentes y fáciles. Así, se cree que *cochinilla*, como diminutivo con significado diferente de su base léxica *cochina* ('cerda'), ha de ser una aplicación metafórica del nombre del cerdo, cuando es exactamente al revés; es el *porcus coccinus* el que ha recibido el calificativo del color de la cochinilla. Si, además, se ha pensado que *cochino* tenía un étimo tan elemental como la interjección *coch*, todo parecía cuadrar, a costa de olvidar la proyección histórica del lat. *coccum* y sus derivados. Pero, muy al contrario, son el insecto rojo y la grana producida en la chaparra los que han abierto un abanico de incontables denominaciones en toda la Rumania y particularmente en esta tierra de encinares y carrascas que es la mayor parte de España.

Pistas para poder entrar en ese camino que parte de la cochinilla había varias; algunos lo han intentado, pero se han desviado por otros derroteros. Así, no menos importantes que los nombres del cerdo estudiados son los que recibe la mariquita. Además de *coca* y sus diminutivos (*coquín*, *coquina*, *coquita*, *coquito*), comentados a finales del capítulo segundo, conviene tener en cuenta otros derivados que no se remontan ya a COCCUM/ -A, sino al adjetivo COCCINUS. Si los anteriores estaban encabezados por el primitivo *coca*, los de ahora quizá lo han estado por *cochino*. Son varios los diminutivos de esta palabra que designan la mariquita; a menudo, para distinguirse del conocido mamífero suido, llevan apellido de santo o divino: *cochinillo de San Antón*, *cochinilla de San Antón*, *cochinilla de Dios*. Y no podía faltar el diminutivo característico del insecto productor de la grana: *cochinilla*, abreviado por aféresis en *chinilla* y ampliado también en *cochinilla de San Antón*³⁴.

La misma palabra *mariquita*, que suele darse como diminutivo de *marica*, ha de remontarse, sin embargo, al compuesto **mari-coquita*, reducido luego por haplografía a *mariquita*. Parece obvio que *marica*, con el valor de 'hombre afeminado' y 'hombre homosexual', sea un diminutivo de *María*; ahí está, correspondiéndole en otro sentido, *perico* 'mujer de vida desenvuelta, que gusta

³⁴ Riera (1950: 629 y sigs.). Si la expresión *ezea cocha* (p. 625) o *ezacocho* (p. 630), localizada en Vizcaya, que este autor saca de un diccionario de 1887, sin mayor precisión, contiene el adjetivo que hemos tratado en el capítulo tercero, procedente de COCCINUS, -A, entonces la herencia nominal (COCCA > *coca*, COCCINUS > *cochino*, COCCIA > *cocha*) recibida de la cochinilla por la mariquita es superior a la del cerdo que solo tomó los dos adjetivos (*cochino* y *cocho*).

de callejear', como diminutivo de *Pero*. En cambio, *mariquita* es, en nuestra opinión, un compuesto como *mariposa*, con el que comparte rasgos expresivos y designativos. Aunque en *mariposón* también asoma el paralelo con *marica*, cualquier relación de *mariposa* y *mariquita* con esta palabra ha de ser sobrevenida, a causa del primer componente.

Las coincidencias con el lepidóptero no quedan ahí, pues la mariquita se ha llamado también *mariposa*, *mariposita*, *mariposita de San Blas*, *mariposa coca*, *mariposa ciega*, *mariposa de Dios*, *mariposiña de Dios*, etc. (Riera, 1950: 632 y sigs.). Conviene recordar que una característica primaria de *coca*, procedente de COCCUM, la agalla de la cochinilla, es el color rojo que esta y la mariquita tienen en común; por si hubiera alguna duda, ahí están *mari gorri* y *mari gona gorri*, recogidos en Vizcaya. Es más, como entendemos que *coca* ha debido de ser nombre inicial de la cochinilla, nada de sorprendente sería que la mariquita se haya llamado *mari coca* antes que *mari coquita* o *mari cochinilla*; la segunda expresión, abreviada en *mariquita*, es la que gozaría de mayor éxito.

Los nombres de la cochinilla no encontraron mejor destinatario que la mariquita, pues esta, además de coincidir con aquella en el color rojo, es un insecto más común y más conocido. En suma, *mariquita* no es diminutivo de *marica*, a su vez derivado de *María*, sino resultado de la fusión de *mari coquita*³⁵. Solo a posteriori, como reinterpretación, puede admitirse el cruce con *marica*. Pero la mayor contaminación onomasiológica le ha venido a la mariquita de parte del cochino ('cerdo'), por ser también heredero del patrimonio nominal de la cochinilla. Por esta vía secundaria le llegan los nombres de *guarrita*, *marranica de San Antón*, *gorrineta* y *gorriñeta*³⁶. La contaminación porcina alcanza a la cochinilla de la humedad, llamada también *porqueta*.

Nada de particular tiene, pues, que la mariquita haya recibido el nombre científico de *coccinella septempunctata*. El adjetivo hace referencia a los siete puntos negros que la caracterizan; en cambio, el sustantivo bien podría ser el étimo latino de *cochinilla*. Respecto de este diminutivo, cabe plantearse dos opciones: una es la enunciada de que sea continuación del diminutivo latino COCCINELLA, no atestiguado sino como creación culta, y la otra, que sea un derivado románico de *cochina*. Esta opción confirmaría que *cochina* (< COCCINA) ha sido nombre de la cochinilla antes y con mayor propiedad que de la hembra del cerdo. Pero eso no descarta la otra posibilidad.

³⁵ Recuérdese (cfr. n. 20) cómo, de forma análoga, en la base del compuesto *matachín* puede estar **mata-co-chín*. Mayor transformación que el corte silábico de **mari-co-quita* en *mariquita* supone el nombre canario *sarantontón* o *saratontón* (Riera, 1950: 627), salido de *San Antón*, con reduplicación de la última sílaba. La nota de ligereza e informalidad que aporta el elemento *mari-*, tanto en *mariquita* como en *mariposa*, parece recogerlo aquí *-tontón*. Sobre otras variantes, presentes en canciones infantiles, véase la amplia adición de M. Alvar en Rohlf (1979: 115-117).

³⁶ Además de Riera (1950), Mussons Freixas (1990: 403).

En efecto, *coccinella* es una creación neolatina que da nombre a la mariquita. Se registra en Linneo y debió de formarse sobre el español *cochinilla*, el fr. *cochenille* o el it. *cocciniglia*. Luego se adaptó en estas dos lenguas con la forma más culta de *coccinelle* y *coccinella*. Ahora bien, con independencia de que eso sea así, es probable que ya en latín vulgar o al menos en protorromance existiera la forma evolucionada **coctinella*, como diminutivo de *coctinus*, *coctina*, designando la cochinilla. Es más, el primer nombre de esta hubo de ser *coctum*, *-a*, el vocablo que indicó sobre todo la grana producida por la cochinilla, antes de pasar a designar, como el español *coco* y *coca*, otras clases de insectos rojos o no. A ese término elemental debió de seguir el derivado *coctinus*, *coctina*, como denominación de la cochinilla y, lógicamente, de otros insectos. Continuación románica de esa situación ha de ser *cochino* (*de San Antón*), como nombre de la mariquita. Y siguiendo el proceso denominativo latino, no tardaría en aparecer *coctinella*, como étimo de *cochinilla*. Nada impide suponer en los varios siglos de latín vulgar y protorromance un proceso que se repetiría en romance en el paso de *cochino* a *cochinito* (*de San Antón, de Dios*), como designaciones de la mariquita. Ese proceso derivativo y de continuidad denominativa ha debido de ser una realidad en las áreas de producción de la grana.

Lo que dicen los etimólogos de *cochinilla* resulta un tanto extraño y paradójico³⁷. Todo por un exceso de prudencia. El primer uso documentado de *cochinilla* se refiere a la que vino de América. En el *DCECH* s. v., se plantea la posibilidad de que la palabra tuviera empleo anterior en España, pero este no acaba de concederse, mientras no se documente:

COCHINILLA, ‘insecto americano del cual se extrae la grana colorante’, origen incierto; aunque la documentación coetánea localiza la grana en América, el vocablo no parece ser indigenismo americano, sino de origen romance, y quizá ya procedente de España. 1.^a doc.: 1555, Laguna.

...Luego no ha de tratarse de palabra indígena, sino aplicada por los conquistadores. Desde antiguo (Covarr., Ximénez) se ha afirmado que viene del lat. COCCĪNUS ‘de color escarlata’, adjetivo derivado de COCCUM ‘grana del quermes’, lo cual sería posible si el vocablo se hubiera aplicado en España a esta clase de grana antes del descubrimiento de América; debería tratarse, entonces, de un mozarabismo. De hecho, la España musulmana era centro de producción de este colorante (V. ESCARLATA) y Laguna nos informa de que en la Península se cogía excelente grana de la coscoja o quermes, especialmente en la Mancha, Obispado de Badajoz, y sobre todo en Sezimbra, Portugal, y lo mismo atestiguaba ya Alonso de Cartagena en 1434; pero el hecho es que, según Covarr., el nombre de *cochinilla* se daba entonces a la procedente de América... Mientras no logre documentarse *cochinilla* en España, este origen permanecerá algo dudoso.

³⁷ Con la excepción de V. García de Diego, que se limita a presentar el nombre del insecto de la grana como derivado de *coccinus* ‘de color grana’ (*DEEH*, s. v.).

A. M.^a Mussons (1990: 401) en un trabajo acerca del origen de *cochinilla*, en el que examina datos diversos y diferentes soluciones, parece optar en algún momento por la que nosotros consideramos correcta:

No hay testimonios que permitan probar el uso continuado de *cochinilla* o una forma parecida a lo largo de la historia para dar nombre al parásito... La duda está en saber si antes [del descubrimiento de América] se aplicaba también este nombre a los parásitos que se recogían en la Península. Creo que, en caso de ser la respuesta afirmativa, *cochinilla* sería un denominativo claramente popular, y no el único, con el que se conocería al parásito.

De todo lo dicho puede establecerse la hipótesis de que el término utilizado hasta el siglo XVI para dar nombre al parásito productor de tinte sería *coco* o *grana* (popularmente tal vez *cochinilla*, de ahí que se llevara también a América, pero esto no puede ser probado)... (ibíd. 402).

Pero su conclusión toma otro rumbo:

Creo que todo lo que hemos analizado hasta aquí justificaría la hipótesis de una aplicación figurada de *cochinilla* al insecto utilizado para la fabricación del tinte. Esto no excluye, sin embargo, los demás términos, *grana* y *queremes*, por ejemplo, ni creaciones particulares (se llamaba *chinche* o *chincha* en Canarias en el siglo XVIII), ni la posibilidad de un cruce entre esta palabra y otras cercanas con el significado de ‘rojo’ (*conchil* o *alconcilla*, como afirma Corominas). En todo caso, no creo que la única justificación de *cochinilla* sea COCCINUS, y que lo sea por su referente ‘rojo’ (ibíd. 404).

En suma, desde Covarrubias quién más, quién menos ha considerado la posibilidad de que *cochinilla* pertenezca a la familia de *coccinus*. Pero nadie ha podido desprenderse de la idea de que esa palabra, aun designando el insecto rojo, fuera un uso metafórico del nombre del cerdo. Y claro *cochino* no tendría otro origen que el de la onomatopeya *coch*. A. M.^a Mussons se ha planteado también, desde el título de su artículo, la conexión latina de *cochinilla*; pero la falta de testimonios peninsulares y el carácter inusitado de la palatalización de -KI- > -CH- en español y francés³⁸ no le han permitido superar el estado de la cuestión. Sin embargo, en lo que atañe a esta última, conviene puntualizar que ya Corominas sospechaba que podía tratarse de un mozarabismo. Y así es, en efecto. Esa solución fonética puede comprobarse, repetidamente, en el mozarabe de Toledo, Valencia, Sevilla y Granada: RICINUS > *richino* ‘ricino’, COCINA > *cochina* ‘cocina’, etc. (Galmés de Fuentes, 1983: 89, 147 y sigs., 199, 233).

Por lo demás, no entendemos qué más se necesita para sostener razonablemente que el vocablo *cochinilla* designaba en España el insecto y la grana que producía, antes de viajar con los conquistadores a América. Dada la gran tradi-

³⁸ Guiraud (1994), s. v. *cochenille*.

ción peninsular de producción de grana, no creemos que la falta de documentación sea razón suficiente para no aceptar la existencia de la palabra hasta el descubrimiento del nuevo continente. Nos parece mucho más irreal que fuera una creación de buenas a primeras de los españoles que encontraron la grana del nopal, como si estos aplicaran el diminutivo de *cochina*, la hembra del cerdo, al insecto de la grana. Es precisamente este planteamiento el que consideramos un error de perspectiva onomasiológica³⁹. *Cochinilla* no puede ser nombre metafórico aplicado al quermes de la coscoja, sino su nombre heredado desde el latín: COCCUM / COCCA, COCTINA > COCTINELLA o bien COCCUM / COCCA, COCTINA > *cochina* > *cochinilla*, si se prefiere anticipar la derivación románica. Y eso sí, entendiendo *cochina* como denominación directa del insecto y no como traslación metafórica de la hembra del cerdo. La prueba es que tanto *cochina* y su variante masculina *cochino* pasaron de la cochinilla a la mariquita.

Por tanto, lejos de haber sido el cerdo la fuente de la metáfora, ha sido su gran destinatario, pues ha recibido el nombre de *cochino*, según hemos demostrado aquí, como calificativo (*porcus coccinus*) del color rojo propio de la cochinilla. *Cochinilla* es sin duda el nombre patrimonial del insecto y de su grana; pero llegó un momento en que tenía un grave inconveniente social: su coincidencia con el nombre que el propio insecto había proporcionado al cerdo. En otra parte hemos expuesto la interdicción sucesiva que, desde el latín al romance, ha recaído sobre los nombres de este animal, debido a su connotación de suciedad física, que se transforma fácilmente en moral (García-Hernández, 2013b: 531 y sigs.). Ya en latín *sus*, *suis*, el archilexema heredado del indoeuropeo, fue sustituido por *porcus*, el nombre de la cría. A su vez, nuestro *puerco* patrimonial ha sido desplazado por el eufemismo *cerdo* ('animal de cerda'), que no ha dejado de contagiarse del valor peyorativo, como asimismo *cocho*, *cochino*, *gorrino* y *guarro*. Este último, de origen adjetivo (*porcus uarius*), igual que los anteriores, después de sustantivarse, ha regresado a la categoría adjetiva y hoy *guarro* no es tanto nombre del cerdo como calificativo del hombre sucio, grosero y ruin.

Pues bien, la cochinilla no podía menos de estar expuesta al poder contaminante del cochino en un hábitat común, en que ella dependía de la carrasca más que él de la bellota de la encina⁴⁰. Así que sobre la palabra *cochinilla* debió de caer la misma interdicción que afectaba a los nombres del cerdo. Seguramente,

³⁹ En el *DCECH*, s. v. *cochinilla*, donde no se descarta el étimo COCCINUS frente a la derivación directa de *cochino*, se apunta la posibilidad de que *cochinilla* provenga de CONCHYLUM / -A, étimo de *conchil* y *alconcilla*; pero ese origen, no obstante la relación comercial de la púrpura y la grana, no es asumible por la evolución fonética ni por la conexión referencial.

⁴⁰ Recuérdese que la mariquita, identificada también como cochinilla, pasó a llamarse *guarríta*, *marranica* y *gorriñeta*, así como la cochinilla de la humedad *porqueta*. Ambas cochinitas recibieron el nombre de la roja productora de grana y no a la inversa.

cochinilla dejaría de ser nombre comercial de un producto tan apreciado y no maloliente. Relegada la palabra al uso popular, no es extraño que no se registre en documentos, donde podía tener otros sustitutos, como *grana* ya desde el latín. Pero la palabra estaba viva, hasta el punto de viajar al Nuevo Mundo y regresar de allí con nuevos bríos, enriquecida con un nuevo referente, como los mejores indios.

Si se admite la trayectoria latino-románica trazada de la palabra *cochinilla*, la descripción que de ella se da en el *DRAE* no es sostenible. Se concede la primera entrada al “crustáceo isópodo terrestre, de uno a dos centímetros de largo, de figura aovada, de color ceniciento oscuro con manchas laterales amarillentas, y patas muy cortas”, que “se cría en lugares húmedos” y “cuando se lo toca, se hace una bola”. Se añaden las expresiones *cochinilla de humedad* y *cochinilla de San Antón*. En la cabecera del artículo la palabra se toma por una metáfora del femenino del cerdo: “(Del dim. de *cochina*, por la forma del animal)”. La segunda entrada se dedica a la *cochinilla* americana: “Insecto hemíptero, originario de México, del tamaño de una chinche... Vive sobre el nopal, y... se empleaba... para dar color de grana a la seda, lana, y otras cosas”. Es de alabar que al menos aquí, con esta referencia de insecto rojo, se incluye el origen latino de la palabra: “(Del lat. *coccīnus*, escarlata, grana, der. de *coccum*, quermes, insecto hemíptero)”. Pero observemos la inconsecuencia: se otorga, de nuevas, a la *cochinilla* americana la etimología latina que se niega a la *cochinilla* ibérica, de tan gran tradición, hasta que llegó su poderosa sustituta. Es como si dedicáramos la palabra *cangrejo*, con su etimología latina, al cangrejo americano que ha invadido nuestros ríos, olvidándonos por completo del cangrejo autóctono.

La evolución paralela de *uermiculus* puede ilustrar la de COCTINELLA > *cochinilla* que proponemos aquí. El nombre común del gusano es en latín *uermis*, heredado del indoeuropeo (cfr. ingl. *worm*, al. *Wurm*). Su diminutivo *uermiculus*, -i, designa en la Vulgata prendas teñidas de grana:

Mulieres doctae dederunt quae neuerant hyacinthum purpuram *uermiculum* (*Exod.* 35,25).

[Mujeres hábiles entregaron las labores que habían hilado: jacinto, púrpura, *grana*.]

En cambio, en la Ítala, texto más vulgar, se emplea en ese pasaje *coccum*, como traducción del gr. κόκκινον. El valor fundamental de *uermiculus* (‘gusanillo’) y su desarrollo polisémico (‘insecto grana’, ‘color grana’, ‘objeto grana’), permiten entender que el lat. *coccum* tuviera también el significado ‘insecto grana’ entre el inicial de ‘agalla’ y los posteriores de ‘materia colorante’, ‘color grana’ y ‘objeto grana’. Asimismo, el esp. *cochinilla*, al menos en las zonas de producción, ha debido designar el insecto productor de la grana, antes

de ser llevada la palabra a América, probablemente desde Extremadura, la tierra de conquistadores, donde se sitúa la mayor producción en la Antigüedad. Y no solo el derivado *cochinilla*, sino el primitivo *cocum* y su descendiente directo *coco* han tenido que designar el insecto productor de la grana, antes que cualquier otro insecto, rojo o no. Y, por supuesto, entre *coco* y *cochinilla*, también *cochino* y *cochina*, con clara preferencia, dada la importancia productora de las hembras, por el femenino.

Si la antigua Lusitania, que tenía Emérita por capital, es la gran zona productora de cochinilla en época romana, en ella habrá que buscar, si no la cuna, al menos un importante centro difusor de la palabra *cochinilla*, como denominación del insecto grana. Hasta llegar a esa palabra, no es difícil suponer que la evolución partiría del plural neutro *cocca* designando las hembras que la producían, como seguramente no se les escapaba a los expertos en la recolección de las agallas. De ese neutro plural, abocado al femenino, debió pasarse al adjetivo *coctina*, que por sus diversas aplicaciones marcaría mejor el color grana. En tal coyuntura ese femenino concurriría con el otro uso de *coctinus*, *coctina*, que ya desde latín vulgar debió designar por metáfora el cerdo colorado, criado, precisamente, en las dehesas en que se producía la cochinilla. La concurrencia de los dos referentes, cerdo colorado (*porcus coccinus*) e insecto rojo (*uermis coccinus*), hubo de favorecer la creación del diminutivo COCTINELLA > *cochinilla*, que se aplicaría preferentemente al insecto. Dada la productividad del sufijo *-ella*, nada de especial tendría que ese derivado surgiera en latín. La historia de *cochinilla* no se puede disociar de la de *cochino* ‘cerdo’ o, mejor dicho, esta palabra de aquella; por eso resulta absurdo ir a buscar el origen de la primera donde la segunda no prosperó y proponer el it. *cocciniglia* como punto de partida del fr. *cochenille* y del esp. *cochinilla*⁴¹.

En ese proceso de denominación paralela del cochino colorado y de la roja cochinilla en un hábitat común conviene tener claros algunos criterios. La patente del color y de la forma la tiene el quermes de la coscoja y la tiene respecto del cerdo y de otros insectos y crustáceos, que reciben por metáfora de color o forma el nombre de *cochinilla*; ni siquiera *cochinillo de San Antón* (‘mariquita’) se supedita en principio al nombre del cerdo. Por motivos señalados, el insecto grana es más proclive a la expresión femenina que este, cuya denominación dependió del archilexema (*porcus coccinus*)⁴². Asimismo el insecto

⁴¹ REW, § 2008.1. En cambio, en el DCECH, s. v., no se tiene la menor duda de dónde parte el préstamo: “Sea cual fuere el origen de *cochinilla*, de la voz española procede el it. *cocciniglia*..., el fr. *cochenille*...”.

⁴² Sobre la fuerza expansiva del género del archilexema, compárese la diferencia del español, donde usamos *vaca* como archilexema y, consiguientemente, hablamos de *carne de ternera*, respecto del fr. (*chair de*) *veau* e it. (*carne di*) *vitello*, congruentes con sus archilexemas masculinos *boeuf* y *bue*.

adulto se lleva el diminutivo, en concurrencia con la cría del cerdo. Si se aceptan estos criterios, habría que cambiar no pocas cosas en la descripción lexicográfica de la palabra *cochinilla*. La cuestión cronológica no deja de ser importante, pues entre *coccum*, *coccinus*, *coccina* y el primer testimonio conocido de *cochinilla* hay muchos siglos de continuidad en la producción de la grana de la coscoja, antes de que la cochinilla del nopal mexicano llegara a Europa. Creemos, pues, que *cochinilla*, designando la auténtica cochinilla, pinta más bien poco en nuestros diccionarios en comparación de lo que debe pintar, si se recupera una tradición ibérica que se remonta mucho más allá del descubrimiento de América y que, sin dejar de ser anterior, corre paralela con la de *cochino*.

Dada la productividad etimológica de *coccum*, *coceus* y *cocĭnus*, estamos seguros de no haber agotado, ni mucho menos, el catálogo de sus descendientes en español; pero nos conformamos con haber integrado palabras con referentes tan dispares, a las que se atribuía origen onomatopéyico y prerromano, en esta prolífica familia. El latín vulgar, esa corriente viva de la lengua latina que se ha prolongado en las lenguas románicas, no deja de mostrarse como una fuente inagotable y llena de sorpresas para los etimólogos y para cuantos tienen interés en conocer la continuidad entre el latín que hablaron nuestros antepasados y el romance que hablamos hoy.

BIBLIOGRAFÍA

- Alessio, Giovanni (1941): "I dialetti romanzi e il problema del sostrato mediterraneo", *Archivum Romanicum*, 25, pp. 140-183.
- Alessio, Giovanni (1945): "Suggerimenti e nuove indagini sul problema del sostrato mediterraneo", *Studi Etruschi*, 18, pp. 93-157.
- Alessio, G. (1948-49): "Vestigia etrusco-mediterranee nella flora toscana", *Studi Etruschi*, 20, pp. 109-149.
- André, Jacques (1949): *Étude sur les termes de couleur dans la langue latine*, Paris, Klincksieck.
- André, Jacques (1964): reseña de Stefenelli (1962), *Bulletin de la Société de Linguistique*, 59, 2, pp. 93-94.
- André, Jacques (1978): *Les mots à redoublement en latin*, Paris, Klincksieck.
- André, Jacques. (1985): *Les noms des plantes dans la Rome antique*, Paris, Les Belles Lettres.
- Blümmer, H. (1889): "Die rote Farbe im Lateinischen", *Archiv für lateinische Lexikographie*, 6, pp. 399-417.
- Cano Aguilar, Rafael (1999): *El español a través de los tiempos*, Madrid, Arco/Libros.
- Cioranescu, Alejandro (1958): *Diccionario etimológico rumano*, La Laguna, Universidad de la Laguna.
- Coseriu, Eugenio (1954): *El llamado 'latín vulgar' y las primeras diferenciaciones románicas*, Montevideo, Universidad de la República,
- Covarrubias, Sebastián de (1977 [1611]): *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Turner.
- DAGR: Daremberg, Charles & Edm. Saglio (1969): *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, Graz, Akademischer Druck.

- Daheim Josef & Blänsdorf, Jürgen (2003): “Petron und die Inschriften”, en J. Herman & H. Rosén (eds.), *Petroniana. Gedenkschrift für Hubert Petersmann*, Heidelberg, C. Winter, pp. 95-107.
- DCECH: Corominas, Joan & Pascual, José A. (1980): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos,
- DEA: Seco, Manuel *et al.* (1999): *Diccionario del español actual*, Madrid, Aguilar.
- DECLC: Coromines, Joan (1993): *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*, Barcelona, Curial.
- DEEH: García de Diego, Vicente (1985): *Diccionario etimológico español e hispánico*, Madrid, Espasa-Calpe.
- DELF: Bloch, Oscar & Wartburg, Walther von (1975): *Dictionnaire étymologique de la langue française*, Paris, PUF.
- DELG: Chantraine, Pierre (1968): *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, Paris, Klincksieck.
- DÉLL: Ernout, Alfred & Meillet, Antoine (2001): *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, Paris, Klincksieck.
- DRAE (2001): Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, 22ª ed., Madrid, Espasa.
- EWRS: Diez, Friedrich (1969): *Etymologisches Wörterbuch der romanischen Sprachen*, Hildesheim, G. Olms.
- FEW: Wartburg, Walther von (1949/1946): *Französisches Etymologisches Wörterbuch*, II, 1 / II, 2, Tübingen, Mohr.
- Galmés de Fuentes, Álvaro (1983): *Dialectología mozárabe*, Madrid, Gredos.
- García-Hernández, Benjamín (2003): “Fraseología latina y románica. Desarrollo del sistema clasificatorio ‘dar’ - ‘tener’”. El testimonio de las *Glosas de Reichenau*”, *Revista de Estudios Latinos*, 3, pp. 131-151.
- García-Hernández, Benjamín (2006): “El origen latino de *jabato*, *gabato* y *gazapo*”, *Revista de Filología Española*, 86, pp. 277-292.
- García-Hernández, Benjamín (2007): “Lat. *apros gausapatos* (Petr. 38,15), esp. *jabatos*. El romance en auxilio del latín”, en G. Hinojo Andrés & J. C. Fernández Corte (eds.), *Munus quaesitum meritis. Homenaje a Carmen Codoñer*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 369-378.
- García-Hernández, Benjamín (2012a): “*Gausapatus* (*gabato*, *jabato*) y la creación del sufijo *-attus* (*lebrato*, *levrat*, *lepratto*)”, en Frédérique Biville, Marie-Karine Lhommé & Daniel Vallat (dirs.), *Latin vulgaire - Latin tardif. Actes du IX^e colloque international*, Lyon, Maison de l’Orient et de la Méditerranée, pp. 673-682.
- García-Hernández, Benjamín (2012b): “De la unidad fraseológica a la composición y la derivación. Origen y evolución de los sufijos *-attus* y *-osus*”, en Michèle Biraud (ed.), *(Dis)continuité en linguistique latine et grecque. Hommage à Chantal Kircher-Durand*, Paris, L’Harmattan, pp. 43-58.
- García-Hernández, Benjamín (2013a): “El origen ignoto de *coche* y *cochon*”, en A. Garcea *et al.* (eds.), *Polyphonia Romana. Hommages à F. Biville*, Hildesheim, Olms, pp. 163-176.
- García-Hernández, Benjamín (2013b): “Innovaciones latinas y románicas en el campo léxico de *sūs* (‘cerdo’)”, en E. Casanova Herrero & C. Calvo Rigual (eds.), *Actes del 26^e Congrés Internacional de Lingüística i Filologia Romàniques*, Berlin, Walter de Gruyter, vol. IV, pp. 529-536.
- GEL: Liddell, Henry George & Scott, Robert (1996): *A Greek-English Lexikon*, Oxford, Clarendon Press.
- González Ollé, Fernando (1962): *Los sufijos diminutivos en castellano medieval*, Madrid, CSIC.
- Grossmann, María (1988): *Colori e lessico*, Tübingen, Gunter Narr.
- Guiraud, Pierre (1994): *Dictionnaire des étymologies obscures*, Paris, Éditions Payot & Rivages.

- Hernández Muñoz, Natividad (2009): "Variedad léxica y zonas dialectales de Castilla-La Mancha", *Revista de Filología Española*, 89, pp. 279-300.
- Hoz, Javier de (2010): *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad, I. Preliminares y mundo meridional prerromano*, Madrid, CSIC.
- Hubschmid, Johannes (1954): *Pyrenäenwörter vorromanischen Ursprungs und das vorromanische Substrat der Alpen*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Hubschmid, Johannes (1960): "Lenguas no indoeuropeas: testimonios románicos", en Manuel Alvar et al. (dirs.), *Enciclopedia lingüística hispánica*, t. I. *Antecedentes, onomástica*, Madrid, CSIC, pp. 27-66.
- Kircher-Durand, Chantal (2002): "Les dérivés en *-nus, -na, -num*", en Chantal Kircher-Durand (ed.), *Grammaire fondamentale du latin*, t. IX. *Création lexicale: la formation des noms par dérivation suffixale*, Leuven, Peeters, pp. 125-184.
- Krüger, Fritz (1952): "Acerca de las raíces onomatopéyicas *casc, cosc-, coc- y croc-*", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 6, pp. 1-32.
- Lamano y Beneite, José de (2008 [1915]): *El dialecto vulgar salmantino*, Salamanca, Ediciones de la Diputación.
- Leumann, Manu (1977): *Lateinische Laut- und Formenlehre*, München, Beck.
- Michell, H. (1955): "Κόκκος or kermes", *Classical Review*, 5, p. 246.
- Montero Cartelle, Enrique (1991): *El latín erótico. Aspectos léxicos*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Mussions Freixas, Ana M.^a (1990): "Coccus, coccinus, ¿'cochinilla'?", *Verba*, 17, pp. 393-404.
- NTLE: Nieto Jiménez, Lidio & Manuel Alvar Ezquerro (2007): *Nuevo tesoro lexicográfico del español (s. XIV-1726)*, Madrid, Arco/Libros.
- Pena, Xosé Antonio (dir.) (2006): *Gran diccionario Século 21 da lingua galega*, Vigo, Editorial Galaxia.
- Pharies, David (2002): *Diccionario etimológico de los sufijos españoles y de otros elementos finales*, Madrid, Gredos.
- Pociña, Andrés (1991): "Κόκκτινος, coccinus: vaivenes de un adjetivo", en L. Ferreres (ed.), *Treballs en honor de Virgiliu Bejarano*, Barcelona, Universitat de Barcelona, I, pp. 11-120.
- Pușcariu, Sextil (1905): *Etymologisches Wörterbuch der romanischen Sprache*, t. I. *Lateinisches Element*, Heidelberg, C. Winter.
- RE: Wissowa, Georg (1900): *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart, Druckenmüller.
- REW: Meyer-Lübke, Wilhelm (1972): *Romanisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, C. Winter.
- Riera, Antonio (1950): "Nombres de la mariquita", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 6, pp. 621-639.
- Rodríguez-Pantoja, Miguel (2004): "El latín hablado en Hispania hasta el s. V", Rafael Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, Barcelona, Ariel, pp. 107-131.
- Rohlf's, Gerhard (1968): "Traditionalismus und Irrationalismus in der Etymologie", en K. Baldinger (ed.), *Festschrift Walther von Wartburg zum 80. Geburtstag*, Tübingen, Niemeyer, II, pp. 197-212.
- Rohlf's, Gerhard (1979): *Estudios sobre el léxico románico*, reelaboración parcial y notas de Manuel Alvar, Madrid, Gredos.
- Salvador, Gregorio (1985): *Semántica y lexicología del español*, Madrid, Paraninfo.
- Schulze, Wilhelm (1991): *Zur Geschichte lateinischer Eigennamen*, Zürich / Hildesheim, Weidmann.
- Stangier, M.^a Margarete (1929): *Die Bezeichnung des Schweines im Galloromanischen*, Bonn, L. Neundorff.

- Stefenelli, Arnulf (1962): *Die Volkssprache im Werk des Petron im Hinblick auf die romanischen Sprachen*, Wien, W. Braumüller.
- Stoppelli, Pasquale (coord.) (1993): *Il grande dizionario Garzanti della lingua italiana*, Milano, Garzanti editore.
- ThLL* (1900-): *Thesaurus Linguae Latinae*, Leipzig, Teubner.
- Tiktin, Hariton (2001): *Rumänisch-Deutsches Wörterbuch*, Wiesbaden, Harrassowitz.

Fecha de recepción: 16 de junio de 2011

Fecha de aceptación: 20 de diciembre de 2011